

lo que usamos

CARMEN CASTRO

LA SILLA

Una escultura con una función. (Breuer.)

Las sillas, para los arquitectos, son como los sonetos para los poetas: una seria prueba. Por esto, todo gran poeta nacido en el mundo literario del verso libre ha hecho, hace, y sin duda seguirá haciendo, un soneto—encárgueselo Violante o no se lo encargue—. Las catorce justas líneas, sometidas a estricta regla, prueban a todo lector y al propio autor, que es poeta a todo metro, y allende todo verso—libre o condicionado—. Así también los grandes arquitectos dejan constancia de su arte de construir en una silla, en una exigente silla, con sus pies forzados.

Los nuevos arquitectos saben muy bien que es más difícil hacer una silla nueva que una casa nueva. Para ellos, las sillas por hacer deben haber sido un reto sordo y persistente, un zumbido de patas-asiento-respaldo moviéndose en todos los modos posibles. Como las vulgares moscas, estas sillas por hacer no deben ser fáciles de convivir, sino cansadas, aburridas, constante reto, incitación continua. Hasta que, un buen día, surge la silla en qué sentarse y descansar de ella misma.

La primacía de la silla, en la inquietud creadora, entiendo que se debe a dos razones. Una silla puede dar la vuelta al mundo y dejar bien sentado y en pie el nombre de su creador. Puede también ser rechazada en medio mundo, y con ella el nombre de su creador. Además—y acaso esto sea más grave—los edificios todos son sin prueba posible, una vez alzados. Una fachada, por ejemplo, para los unos es una ofensa, para otros una bendición; ambas apreciaciones ni son razonables ni pueden razonarse. La silla es de fácil probación. Si en ella se está bien, la pereza invade al sentado; si en ella se está mal, con motejarla de corma el juicio sobre la silla queda bien pronto sentenciado. Cualquiera sirve para juez de sillas. Porque así como las butacas son asientos que es posible hacer a medida de anchos y largos personales, las sillas, no. Las sillas, las buenas sillas, son asiento universal para cuerpos normales.

La importancia de la silla queda bien patente cuando se contempla en los Museos. Se exhiben sillas—sillas firmadas, naturalmente—con su fecha, su razón... como cualquier otra pieza de arte. De manera que ya no sabemos si una silla es o no obra de arte. Acaso lo fuera de no estar el arte tan condicionado a una trama de conceptos inexorables, por lo que hace a su definición.

Sillas de Museo son, entre otras, la de Isamu Kenmochi, que parece un farol de junco, en el que el sentado es la luz.

F. L. Wright hizo, en 1904, una butaca asillada, de madera y tela. Mies van der Rohe, ya en 1926, hizo una butaca menos silla.

En 1927, Le Corbusier lanza su silla butaca de tubo de acero. Y la crítica deberá ponerse de acuerdo acerca de cierta primacía tubular. Porque en unas partes se dice que Breuer se consagró en 1925, y en otras que fue en 1928, con su silla—acero hueco y rejilla de paja tejida a mano—. No soy yo quien puede fijar estas fechas.

Sí me importa señalar que por una silla se consagró un arquitecto. Lajos Breuer nunca hubiera llegado a ser el arquitecto de U.N.E.S.C.O.—París—, de no haberse entregado al arte de la silla en el Bauhaus. Bien sabido es que el estudiante y maestro carpintero de aquel centro quiso despedirse del arte magyar con una silla increíble, prueba de hasta dónde puede llegarse apurando la tradición manual romántica, prueba de la habilidad manual del maestro Breuer—¿qué melodías zingaras entonaba garlopa, gubia, formón, lija... en mano?—. Con la silla magyar, Breuer dio máxima muestra de su artesanato; con la silla de acero, de su talento. El éxito inmediato del autor de la nueva silla se debe a una sencilla exclamación, como es bien sabido: el *Wunderbar*...! pronunciado por un Kandinsky atónito, sin duda al sentarse en el nuevo y flexible ente de acero brillante y paja, con su borde de madera para suavizar el contacto entre mano y silla.

En el Bauhaus todo eran estrenos—romántico volver a empezar, después de tanta rotura—. Breuer dice de su silla: "Sus líneas curvas y abrillantadas me parecían no sólo representativas de nuestra tecnología moderna, sino realmente la propia tecnología." Una silla: la consagración de un arquitecto; un manifiesto.

Mies van der Rohe hizo su silla "Barcelona" en 1929.

Eero Saarinen crea su silla con pedestal, en materia plástica, con fines comerciales, al parecer por encargo expreso de una firma comercial.

Ciertamente, la silla es "una escultura con una función"—lo mismo que una columna, un capitel, una mesa...—. La escultura que crean los arquitectos tiene que añadir a sus cualidades la de ser repetible. Las formas arquitectónicas han de tolerar el ser repetidas y aun adquirir la plenitud de su ser en la repetición. Con esto, las formas arquitectónicas han de estar dotadas de la cualidad de convivencia general. Son los más los que tienen que poder decir sí a las formas—muebles o inmuebles—creadas por arquitectos.

En la silla queda constancia de que el decir y el hacer de los arquitectos corre parejamente. Formas y palabras se componen en una pieza tan vulgar, tan corriente, tan usualísima como una sencilla silla, sabiamente conformada. Función, servicio, utilidad, comodidad: he aquí el vocabulario de la arquitectura para vivir en nuestro hoy, que se plasma eficazmente en la silla.

Entre los inventos que hizo el hombre al principio de la civilización nadie olvida la rueda. ¿Y la silla? ¿No fue sabio invento?

A decir verdad, sobre un asiento o sobre otro, los dioses y los grandes personajes de la tierra aparecen sentados en el fondo de las excavaciones más antiguas.

Pero debió ser un gran paso, dado por las mujeres, el que les permitió trabajar sentadas en silla y no acurrucadas. La primera mujer, entre las de mi fichero, que trabajó en algo más que las

llamadas "nuestras labores" fue Belit-seri, cuyo nombre se conserva escrito en cuneiforme. Era la escriba del Infierno. Estaba Belit-seri acurrucada ante la reina del Infierno, dando lectura a la tableta que ante sí tenía, con la lista de los ya aposentados en el interior de la Tierra—sencillamente, el reino de los muertos, de todos, los buenos, los regulares y los peores—. Como esta escena tuvo lugar hace unos cincuenta siglos, yo me pregunto siempre qué diluvio de tontería universal anegó los cerebros femeninos y convirtió a la mujer en analfabeta durante siglos y siglos, en los que sólo aflora la inteligencia de pequeños grupos de mujeres o de muy señaladas mujeres. Belit-seri es prueba fehaciente de que en el Infierno, donde escogen esmeradamente a sus funcionarios, no desprecian a la mujer...

Del acurrucamiento, pasó la mujer a la silla baja, al taburete, y... a la silla firmada por un creador de formas nuevas.

Tal ha sido la marcha ascendente de la mujer que trabaja. En los cuentos, en los romances, las mujeres labraban cendales sentadas en sillas de oro, de malaquita. En la realidad—que es mejor que los cuentos—, las mujeres trabajan en sillas hechas con inteligencia, que confiere óptimo asiento al cuerpo y respalda mejor la dignidad de la trabajadora.

No están firmadas, pero eran—y aún son—perfectas muchas sillas bajas, de costura. Zurbarán nos ha dejado esa silla chiquita, inocente y risueña, en que la Virgen María, de niña, borda como una extremeñita, en negro, una greca de tejidillo. Y Ver Meer ha poblado de lujosas sillas los interiores acogedores de casas medias y no palaciegas, en que vive para nosotros su colección de mujeres bien estadas con tan natural y envidiable vida personal, cotidiana. La silla amarilla de Van Gogh es su más lograda naturaleza muerta. Tan copiada ha sido, que debería estar prohibida su reproducción.

Las sillas, en nuestras casas, en nuestra vida, son presencias silenciosas de mucho acontecer. Compañía de perro nos dan, a veces, las sillas. Como los ojos tristes de los perros, el vacío de una silla crea en nosotros el recuerdo vivo de una criatura entrañable o despierta la sensación incómoda de un extraño, presente a la memoria, ingrato de recordar.

Juan Ramón Jiménez, el sensible a las cosas en sí mismas, por sí mismas, enfermizamente, era especialista en la organización de los juegos de sillas: en esta no, en esta tampoco, ¿en qué silla se podría sentar el visitante? Era inútil acercar una y retirar otras... Zenobia traía siempre la silla estéril de recuerdos, y empezaba la visita en blanco y con buen tino, conjurados los llenos y los vacíos de las sillas...

Las sillas fueron hasta hace poco signo manifiesto y sin falla de la condición social de sus poseedores. Fácil era situar a las personas socialmente por las sillas de su habla y de su hogar. "Cuatro sillas", casa obrera. Casa con sólo sillas—sin butacas, sin sofás, pero con bastantes sillas—, empleados la habitaban. Convivencia de sillas y butacas, sillas de brazos y sofás, índice de la profesión liberal de sus dueños. Ejércitos de sillas todas iguales, ricas sillas, dispuestas en doble fila, bordeando el salón, títulos del reino. Desaparición de la segunda fila de estas sillas, disgustos económicos, familiares... Una sola silla increíble, venida de Dios sabe dónde y cómo, usada para los menesteres más diversos—a pesar de sus nácares o de sus ébanos y oros—, es señal de una guarida habitada por artista.

Era usual, en tiempo de la polca, que las niñas aprendiesen a bailar con una silla. Era usual, en las páginas de sucesos, leer en los diarios que un marido había roto una silla, o era la mujer la que la había roto..., en todo caso contra carne contraria. Y era un personaje de nuestras calles—hasta hace muy pocos años—el sillero, en busca de sillas que remendar y componer.

Es notorio que las casas de larguísima pasillos estuvieron siempre muy bien provistas de sillas, cuyo uso fue siempre misterio para mí. Era evidente su empleo para la fabricación de trenes, la presentación de números de circo; pero ¿no tenían más misión en la casa?

Hubo un tiempo, que parece de María Castaña y es de ayer, en el que las señoras—y, en general, las mujeres—no podían sentarse sino en el borde de las sillas, y las de visita habían de ser altas. Sólo desvestidas podían permitirse el relajamiento de sentarse en una silla baja. Sin embargo, hacían alarde de su virtud probada afirmando que jamás habían apoyado su espalda contra un respaldo de silla; jamás, tampoco, habían probado el asiento de una butaca. Impresionada me tenían a mí estas señoras honestísimas, y revuelta la cabeza por lo que hace a la virtud y al respaldo, hasta que descubrí que todas ellas no hacían uso de los respaldos de las sillas por llevarlos ellas puestos, cosidos al vestido. Era la suya virtud ballena. Y sus cuerpos padecían apreturas por razones incomprensibles, que no eran razones de hermosura. (Los caballeros las preferían menos cinchadas.)

Hoy, los cuerpos son otros, las casas otras, otra la vida y las sillas distintas.

En modo alguno es admisible ahora una silla en la que el cuerpo no puede estar como deba—en reposo o en trabajo—. De aquí que yo veo a las sillas forzadas a cumplir con tres deberes esenciales, para ser aceptadas y metidas en casa.

La silla tiene que ajustarse al cuerpo, colaborar con el cuerpo a mantener la felicidad del alma. Una silla que no se deja sentar no merece el nombre de silla.

La silla tiene que ser acomodaticia de por sí, como si dijéramos; debe tener buen conformar, además de estar bien conformada. Porque hoy las sillas tienen que ocupar el sitio que se les otorgue. Y estar dispuestas, cuando es del caso, a ser apiladas, a quedar plegadas, suprimido su bulto, y a mantenerse ocupando el menor lugar posible hasta su salida a escena, llamadas por la necesidad que de sillas se tiene en determinados momentos. Y esto es forzoso, porque las casas han perdido sus pasillos, pero siguen teniendo colecciones preciosas y completas de niños que crecen, que... han de sentarse en silla también y no sólo en las alfombras.

La silla tiene que tener personalidad propia, pero no se le tolera que se incruste como una astilla entre carne y uña en medio de los demás muebles de un recinto. De manera que es forzoso para toda silla, escogida como última llegada a un recinto ya amueblado, ser tan maravillosa que con sola su presencia anule el resto del mobiliario, convertido en su cortejo de mendicantes; o bien ser tan discreta que sirva sólo para dar asiento a quien gustare de sentarse en ella, y retirada pase inadvertida entre las demás piezas del recinto amueblado.

He aquí los problemas sillares de este vulgarcísimo asiento cotidiano de la mayoría de los nacidos en países de cultura media.

En todo esto queda pendiente una pregunta: ¿Por qué las sillas Corbusier, Breuer, Rohe, etc., han llegado a ser famosas mundia-

les sólo a los cuarenta años casi de haber nacido al mundo de los asientos? La respuesta está dada por los cambios sociológicos acontecidos entre el final de la primera guerra mundial y nuestro ahora. Por ello, sólo apuntaré que esa clase social de los llamados madriñamente "venidos a más" está integrada, en su mayoría, por gentes que han llegado al nivel social en que se encuentran por razones externas y no por sus cualidades personales de excepción. Estas gentes, radicalmente inseguras en su nueva situación, no se atreven nunca a ser la avanzadilla minoritaria que imponga las nuevas formas a la masa de los normales. En las modas consagradas, en los estilos ya aceptados, se sienten protegidos. Un bostezo ante el aburrimiento de sus salones—por lo que a decoración se refiere—no les hiere como una pregunta incisiva acerca de... de una silla. Esa masa de la nueva clase social no se atreve a hacer suyo el estilo de un creador, que personaliza—y ahí está el punto importante—a quien lo adopta para su vivienda o para su persona.

Sin duda, el relegamiento de las sillas famosas de los grandes arquitectos, padres de los nuevos grandes de hoy, responde a una situación social, no a una situación de arte. Y prueba de ello que las nuevas sillas—si sillas pueden llamarse a esos mullidos asientos blandurrios, pero colosalmente cómodos, que hoy son el asiento—han tenido velocísima acogida y están en todos los hogares peguen o no peguen con el resto de las cosas que los alhajan.

A mi entender, resulta clarísimo que la silla es criatura clave en el vivir amueblado. Y criatura peligrosa en razón directa de su importancia. Y, resumiendo, digo que:

Los arquitectos se prueban y demuestran en sus sillas más, mucho más, que en sus construcciones. Y es que se prueban, en sus sillas, ante un público muchísimo mayor que el que puede ver sus obras construidas, y muchísimo más libre en sus opiniones. ¿Quién se siente cohibido para dejar de lado una silla, o llevársela a casa, o copiarla por sus propios modestos medios? Y esto, frente a un edificio, no es posible.

Los decoradores revelan su último buen tino—o su desatino—por las sillas escogidas para una vivienda que amueblan.

Los moradores de una casa, por la silla preferida y por la silla rechazada, dan razón de sí mismos.

Los visitantes, los extraños, se dicen a sí mismos, en parte, por el asiento que aceptan, escogen o rechazan.

No todo el mundo, sospecho, sabe la gravedad de una silla, su misterio. ¿Es que tiene misterio la silla, la buena silla? Lo tiene como el poema..., como la rosa. También una silla es una silla, es una silla..., es una silla.

Entre 1220 y 1250 entra a vivir en nuestro idioma la palabra silla. En el siglo X, y hasta el XIII, se dijo siella.

